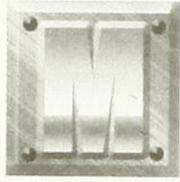


Querido Diario:

Marcela Guijosa



Me encuentro en la total oscuridad. ¿De qué escribir? No tengo temas, no tengo ideas, no tengo sucesos importantes, no tengo nada. Posibilidades hay, pero ninguna es buena. Porque las posibilidades no son más que variaciones del Bolero de Ravel, lo mismo, lo mismo, lo mismo. Esta mi vida rutinaria que a veces es tan oscura y aburrida, o no tanto, pero que hoy me parece tan poco digna de ser escrita.

¿Los niños? ¿Los dientes? ¿Mis amigas? ¿La vejez, la edad, la muerte? ¿Los muertos? ¿Por enésima vez? ¿La guerra? ¿Después de los textazos de Saramago, de Galeano, de Fuentes, etcétera? Y después de tantísima información y de tantísimo

sufrimiento. Y los chistes, y los forwards. No por favor. La guerra no.

Vago por mi casa. Me siento frente a la computadora. Me levanto. Vuelvo a caminar, me vuelvo a sentar.

Sobre la mesa está la tesis de Lourditas.

Como medicina urgente, como último recurso, como agua para la sed, la abro y releo unos poemas de José Hierro, a ver si me inspiro.

-Por qué no apresas el dolor errante.

Por qué no perpetúas el instante antes de que en tus manos se deshaga.-

Es lo que yo digo. ¿Por qué? ¿Por qué no puedo? ¿Por qué, José Hierro, yo no puedo ser poeta como tú?

Conocí a José Hierro en un Coloquio sobre Cervantes, en

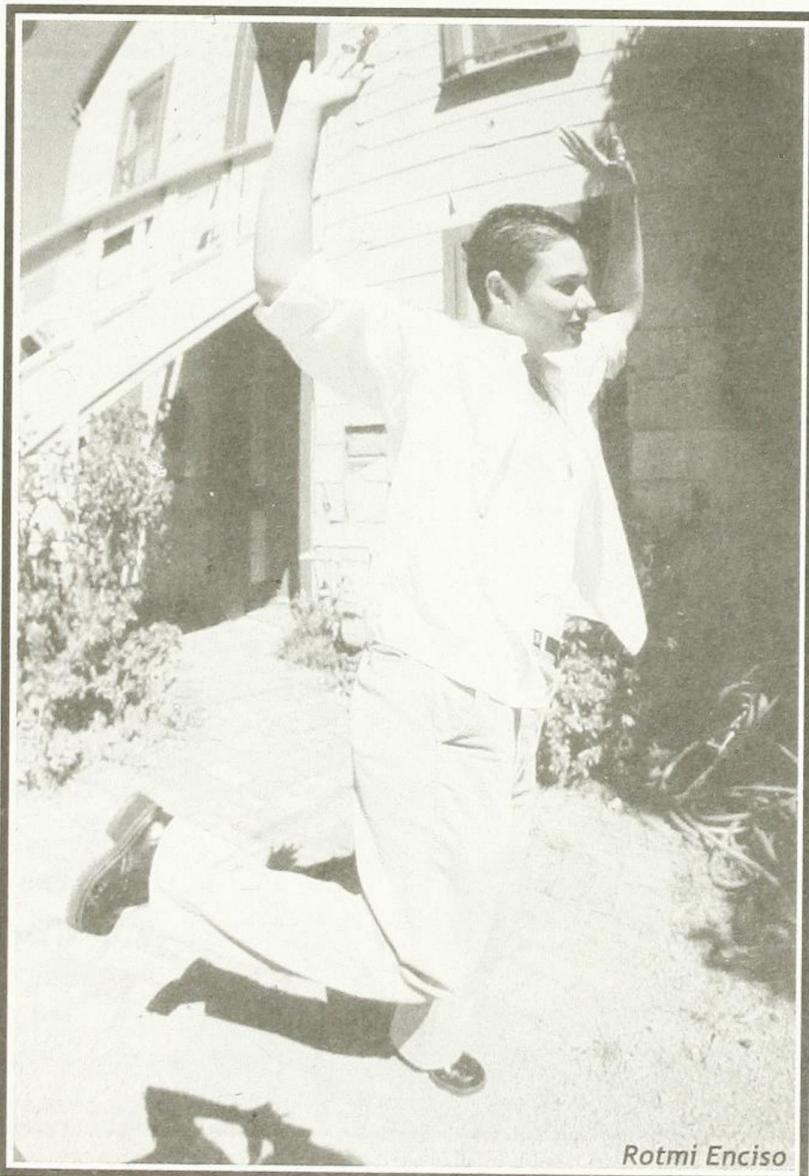
Guanajuato, hace como dos años. Su ponencia fue muy fuerte, juguetona, algo surrealista. Pero lo que recuerdo más no es la ponencia, sino a él: un hombre extraño. Viejo español, seco y cariñoso a la vez, con su cabeza totalmente rasurada. Y desde entonces ya estaba enfermísimo, creo que tiene enfisema pulmonar. Su mujer lo cuidaba y, a ratos, lo perseguía. Porque como niño travieso, se le escapaba a la pobre señora para venir a pedirnos, a cualquiera de los fumadores, un clandestino cigarro por favor. Claro que yo, gustosa, siempre se lo regalaba. Mis amigas y yo éramos cómplices del viejo, y por un simple cigarro la recompensa era enorme.

Un poco de plástica y luego se ponía a dibujar cosas extraordinarias con tinta negra que después coloreaba con su dedo mojado en un poco de vino tinto o con el pétalo amarillo de alguna flor robada del centro de la mesa, y nos lo regalaba a cambio de sus fumadas. Y desde el segundo día mucho me temo que no le ayudamos al hombre y tal vez empeoramos su estado porque en cada desayuno o comida deseábamos que viniera a nuestra mesa por otro Marlboro, queríamos oírlo, queríamos que nos regalara otro dibujo, y jugábamos con él y le avisábamos si venía la esposa, y él rápidamente nos pasaba el cigarro y todos disimulábamos. Como cuando estábamos en secundaria, como cuando mis primos y yo fumábamos a escondidas. Aguas, ahí viene tu papá.

Y el otro día que comí en casa de mi amiga Menusa, con su marido Toño y con su hija Lourdes, me voy enterando que Lourdes se recibió con una tesis sobre José Hierro. Que es uno de los poetas españoles contemporáneos más importantes. (¡Y yo que fui un poquito su amiga, durante tres días!). Después de comentar que qué curioso, qué chiquito es el mundo, etcétera, me regaló dicha tesis. Qué bárbaro, qué maravilla. Cómo no me he comprado ningún libro de versos de ese hombre.

Lo bueno es que en la tesis vienen muchísimos fragmentos. Y además los análisis y comentarios de Lourditas son muy buenos... Y como de plano no puedo escribir versos ni atrapar el instante mejor me voy a hacer la comida.

Se me antojó una sopa de fideo seca. Nunca he sabido la receta exacta, pero la deduzco por lógica. Es como la sopa de fideo aguada pero le pones



Rotmi Enciso



Rotmi Enciso

menos agua. Qué felicidad que compré el otro día esa bolsita de fideos enteros, largos, enrolladitos, marca Cora.

Los frío. Me encanta ver cómo van cambiando del pálido y crudo color al delicioso dorado. Huele riquísimo. Me saboreo de antemano. Y sin darme cuenta me regreso a la casa de la Menusa, donde comí de esta misma sopa. Y mis fideos se cargan de símbolos, se me inunda el corazón de amor. Qué deliciosa tarde, qué plática tan inteligente y tan divertida, qué mujeres tan amorosas. Y qué cursi soy, Dios mío, y no lo puedo evitar pero me arrebató más el amor cuando recuerdo también, más atrás, la cocina de Tepexpam, donde nos sentábamos chiquitos y chamagosos y alegres para que mi tía Peque nos sirviera de estos fideos secos que son los mejores que he comido en mi vida, son el verdadero modelo, son la fuente y paradigma de toda sopa de fideo pasada, presente, futura, en este mundo y en todos los mundos posibles.

Y me siento iniciada en la antiquísima tradición y hago cada paso ritualmente: muelo un poco de jitomate y cebolla, luego el colador golpeadito con dos dedos. Cómo chisporrotea el aceite cuando echas

encima el recaudo rosa, cómo se va volviendo anaranjado, y veo a Menu y veo a mi tía Peque, que me han dado tantas recetas de cocina, que me han enseñado tanta cosa, que me han dado tantísimo amor. Pienso en mi mamá. Mamá, ¿cuándo me haces una paella? Y también pienso en Mateo, en Anita,

en mi prima Chepona, que al rato va a venir. Tal vez también venga Susi. ¿Les gustará mi sopa? Ojalá y me quede bien. Ojalá y se agrande el símbolo y se me pegue tantito el arte de esas grandes mujeres, que me parezca yo a ellas, que mis fideos tengan aquel sabor...

José Hierro nos ha regalado sus poemas, sus palabras como diamantes purísimos. Dicen que nosotras las mujeres nomás sabemos hablar de jitomates y de niños. Algunos días es cierto. Aunque a veces podamos dar clases de retórica o de gramática o de filosofía, aunque de vez en vez podemos hacer versos, de repente nos faltan las palabras y mejor nos ponemos a guisar. Perpetuamos de otro modo el instante. Jitomate, cebolla, dorado, fideo, hervor. Antes de que en tus manos se deshaga, como el queso blanco que se desmorona. Chiles chipotles. Lumbre bajita. Agua que falta, agua que sobra. Dádiva, ofrenda, poesía. Cántico. La sopa se queda con nosotros. Y se va, se va el dolor errante.



Rotmi Enciso